



CAPÍTULO VIII

China.—Estado de la China: anarquía interior.—Fin de la dinastía Tcheu.—Fundación de la dinastía Thsin.—Thsin-Chi-Hoang-Ti.—La gran muralla.—Los Hiung.—Nu y los Yung.—Gobierno de Thsin-Chi-Hoang-Ti.—Persecución de los letrados.—Los libros quemados.—Decadencia de la dinastía Thsin.—Dinastía de los Han.—Reaccion en favor de los letrados.—Wou-Ti.—Invasión de los escitas.

FUENTES: Véase para este capítulo á M. Peauthier: *na*, en el *Universo pintoresco*; despues las *Memorias concernientes á los chinos*; *Historia general de la China*, por el P. de Mailla; Cantú, *Hist. univ.*... etc.

El estado de la China venia á ser cada día más deplorable. El sabio Kung-Fu-Tseu se habia visto al fin de su vida desdeñado por los príncipes. El mal iba empeorando despues de su muerte.

Todos los feudatarios, independientes entónces, se encarnizaban en mutuas hostilidades; los tártaros amenazaban, y algunas partes de la gran muralla, ya comenzada entre el rio Ho-ang-Ho y el Pe-Tchi-Li y en la montañosa frontera del Occidente, no contenian las incursiones de estas belicosas hordas. En tiempo de Alejandro, el rey Hien-Wang arrojó en el mar los nueve vasos que representaban las nueve antiguas provincias del imperio del Mediodía; pues bien, á la posesion de estos vasos estaba unida la autoridad suprema. De aquí resultó el apólogo de que la soberanía se habia perdido.

Así, bajo los impotentes príncipes Chin-Tsing, Nan-Wang y el efímero reinado de Tung-Tcheu (320-256), la historia verdadera, si puede decirse que existe la historia en medio de este caos, se limita á las querellas de los reinos de Han, Tchao, Yen, Wei, Tchu, Tsi y de Thsin. Sobre todos, y aún sobre la raza soberana, se levantan poco á poco los príncipes vasallos de Thsin. En fin, uno de estos felices tributarios, Tchao, Siang, ofrece solemnemente el sacrificio á la Divinidad Suprema. Este acto de sacerdocio era la señal del imperio (320-249).

Tres dinastías se han sucedido ya: la dinas-

tía de los Hia, la de los Chang, la de los Tchu. Dícese que desde estos remotos tiempos los chinos habian tenido idea de la brújula, y conociendo las propiedades de la pólvora (1), descargaban bocas de fuego en sus batallas. De estos conocimientos, si los tuvo, la China no ha sabido sacar gran ventaja; se encuentra en el siglo IV bajo las tres antiguas dinastías.

El descendiente de un miserable mercader ó de un palafrenero, cuyo origen se hizo remontar al célebre emperador Chim, es el que tuvo entónces el honor del carro de 16 caballos, privilegio de la soberanía. Es necesario, para volver á encontrar un poco de interes, llegar al famoso Thsin-Chi-Hoang-Ti, el primer emperador augusto de la nueva dinastía Thsin (221). Hasta entónces los jefes del Estado se habian contentado con el título de Heu, príncipe; Wang, rey; Ti, emperador. El título de Hoang-Ti quiere decir soberano señor, señor supremo, autócrata (2). El príncipe elige tambien para su dinastía un nuevo emblema. Los Tchu habian tomado el fuego, porque habian consumido y aniquilado como el fuego á los Chang. El sublime emperador dice: «Yo he extinguido á los Thu; he disuelto los diferentes reinos que se habian formado en su

(1) El P. Myot, *Suplemento al arte militar de los chinos*.

(2) *Li-Tai-Ki-Sse*, Kiuan, 20.

tiempo. El agua es lo que me conviene; la tomo por emblema de mi imperio.»

El reinado de Thsin-Chi-Hoang-Ti, que adoptó tambien el negro por color, se presenta como el gran reinado, el glorioso reinado de la antigüedad china. Tantos cambios indican que se abre una nueva era; tambien el nombre de este príncipe incurrió en el odio de los letrados, y, si es necesario decirlo, su autoridad, cuyos designios contrariaban, pesó cruelmente sobre su clase.

Thsin-Chi-Hoang-Ti, ayudado por su ministro Li-sse (1), acabó desde el principio la sumision de los reinos tributarios.

No sin gran extrañeza y un poco de escepticismo, se ven en estas guerras intestinas aparecer ejércitos de 300.000, 400.000 y de 600.000 hombres; las proscripciones recaen sobre los vencidos por cientos de miles. En el sistema de las guerras de la remota antigüedad, que fué siempre, sin duda, el sistema de las guerras chinas, esto es materialmente posible; pero la prueba auténtica falta.

Es de extrañar, por otra parte, cuán peregrinas anécdotas acompañan á la historia del gran emperador. Por todas partes el mismo carácter marca su despotismo; siempre es el hombre que en su juventud condenaba al destierro á su madre para castigar sus órdenes, imponia silencio á los letrados, mataba á veintisiete de ellos de una vez, y se sentaba en su trono con el sable desnudo en la mano (2). Pero al mismo tiempo es el que tambien cubria el imperio de espléndidos monumentos, daba á la China una rica y formidable capital, la surcaba de bellos y largos caminos, y elevaba en una inmensa extension su gigantesca é inútil muralla.

Esta vasta construccion es verdaderamente un gran hecho en la vida de Chi-Hoang-Ti, y el objeto que revela pone de manifiesto curiosos movimientos de pueblos.

Nunca se sabrá con precision qué revoluciones, qué exterminios de razas, qué choques de guerreras hordas y de errantes poblaciones tu-

vieron lugar en las ignotas comarcas que separan la China, la India y la Persia. Sin embargo, de esta misteriosa llanura es de donde descendieron tantas veces las terribles irrupciones de bárbaros, que cubrieron y trastornaron el Oriente y el Occidente. Hoy todavía, ¿de dónde proceden y cómo se forman estas increíbles emigraciones? Es el secreto de Dios.

Cuatrocientos años ántes de nuestra era, la China temia ya á los mismos Hiung-Nou, que siete siglos despues, con el nombre de Hunos, señalaron la más terrible crisis que el Asia Occidental y la Europa experimentaron jamas. Ya paseaban sus carros y lanzaban sus masas de caballería al norte del imperio del Mediodía, desde el Golfo de Liao-Toung ó Mar Amarillo hasta las fronteras de la Bactriana. Desde este tiempo igualmente, otros escitas errantes, los Joung, se formaron en grupos, y vencidos al punto por los Hiung-Nou, volvieron al Oeste; sus vencedores, arrojándoles por un lado hácia el Mar Caspio, inquietaban todavía al Celeste Imperio. Contra ellos fué construida por Thsin-Chi-Hoang-Ti su colosal muralla, de 500 á 600 leguas de larga, desde el Mar Amarillo hasta el Chen-Si, límite occidental.

Este sólido baluarte (1), que se apoya al Este sobre un macizo espolon casi en el mar, se extiende á traves de los valles ó las más elevadas montañas como una faja de torres y de murallas. Las antiguas torres están colocadas á la distancia de un tiro de flecha, y seis jinetes á la vez pueden marchar de frente sobre el espesor de la fortificacion. Más ó ménos defendida, unas veces cuidadosamente cimentada para que no se pueda hacer entrar un clavo entre dos piedras, otras compuesta de lodo y guijarros, reúne más materiales que los que se necesitarian para construir un doble muro al rededor del globo.

Hé aquí las célebres construccioncs que igualan á las de la India y del Egipto. Un millon de soldados habia de guarnicion, segun se dice, en estas interminables líneas.

(1) Véase al P. Amyot, *Memorias sobre los Chinos*, t. III; *Relacion de la embajada*, de lord Macarthy; *Relacion holandesa de la embajada* de Isbrand-Ides en la córte de Pekin; Amsterdam, 1705.

(1) Véase á M. Amyot, *Memorias sobre los chinos*, t. III; *Relacion de la embajada*, de lord Macarthy.

(2) *Memorias sobre los chinos*, t. III.



¡Cuántos millones de hombres fueron sacrificados en su construcción! El gran emperador, que hacia buscar para él hasta en el Japon un brebaje de inmortalidad, queria más seguro por este medio hacerse eterno.

Hay, sin duda, una enorme diferencia entre este gobierno del emperador célebre y el de sus predecesores, doctrinarios é hipócritas. Sin embargo, Thsin-Chi-Hoang-Ti no perdió completamente el carácter chino. Por una curiosa relacion entre el agua que fué su símbolo y el número seis, á la vez número astrológico del planeta del agua, Mercurio, y nombre sagrado de los kua del famoso Fo-Hi, estableció una aritmética nueva. Véase despues visitar las treinta y seis provincias de sus vastos Estados y colocar en ellas, no ya reyes tributarios, sino gobernadores, construir en el Sse-Thuan, cerca de las aguas saludables, la hospedería de la fuente dulce, magnífico centro de caravanas, abierto á todos, y reunir, en fin, como una especie de estadística general de la China. Reformó tambien el desgraciado calendario, siempre en desorden á pesar de la ciencia oriental; derrotó á los Hing-Nu, y levantando un ejército de mercaderes ó de hombres sin profesion, sometió algunos pueblos vecinos. En medio de la ordinaria apatía, eran éstos bastante bellos títulos de admiracion.

Pero el respeto y el honor de la antigüedad se eclipsaban; las viejas tradiciones perdian su distincion ante esta brillante tiranía. Ya los inmóviles letrados se habian atrevido á echar en cara al príncipe sus tiránicas medidas y reprobar su conducta respecto á la reforma de costumbres; la muerte de algunos de los más audaces no abatió la arrogancia de su clase y su vanidosa oposicion. Entónces se decidió una grande y terrible medida.

Un dia, el ministro Li-Sse arrojó sobre los libros antiguos la causa del orgullo de sus depositarios, y exclamó: «Sean presa de las llamas» (1). Las obras de los sabios de la China se hallaban escritas en láminas de bambú; y en la minuciosa y sangrienta indagacion que si-

(1) El P. Amyot; el P. Gaubil, *Cronología china*; Li-Tai-Ki-Sse.

guió al edicto, muy pocos debieron escapar de una completa destruccion.

Hasta despues de treinta años, despues de revoluciones y guerras civiles, los letrados no volvieron á entrar en gracia; se quiso volver á formar la coleccion de las antiguas obras, y un viejo mandarin recompuso, se dice, de memoria todos los vacíos de la literatura. Es posible que se salvarán algunos libros; pero al ver el orden pretenciosamente exacto y casi siempre entremezclado de fábulas y de relaciones inciertas que siguen á los anales de la China, asalta naturalmente una duda sobre la memoria del famoso anciano ó sobre la buena fe de los historiadores chinos que se refrieron á él.

Concíbese que la clase sábia no fuese perdonada. Con los libros perecieron en la capital; la sangre corria por todas partes, y cosa notable, la persecucion pretendia unirse tambien á un sistema filosófico, el de Lao-Tseu. Nunca se han visto más vicios y crueldad en el trono que en el país más sentencioso de la tierra. Ordinariamente no se encuentra al lado ninguna grandeza. El único emperador que hasta aquí unió un poco de gloria á tantas reflexiones y discursos filosóficos, es tambien el más bárbaro de todos.

Por lo demas, el Celeste Imperio no fué mucho tiempo grande y pacífico. La muerte de Thsin-Chi-Hoang-Ti le entregó á la anarquía. El ministro Li-Sse se volvió contra el legítimo heredero; ambiciosos generales se proclaman independientes, y la dinastía de Thsin se aniquila. Ninguna huella queda del despotismo imperial de Chi-Hoang-Ti, como no sean los restos del suntuoso sepulcro que se hizo construir en el monte Li (1). Este inmenso mausoleo, del gusto de las pirámides egipcias, este vasto sepulcro, en el cual ardía grasa humana en las lámparas humanas, fué bien pronto destruido hasta sus cimientos por algunos revoltosos; el féretro quedó sólo en medio de aquellas inmensas ruinas. «Un pastor, buscando una de sus ovejas que se habia perdido entre las ruinas, dejó caer en ellas un poco de fuego: el fuego se extendió, y consumió el féretro (202).»

(1) El P. Gaubil, *Cronología china*.



Por encima de las pequeñas querellas y del desorden general, las ambiciones se esclarecen y nace una nueva dinastía. El general Lieu-Pang usurpa el trono, y funda la dinastía de los Han. Pero los Hiung-Nu se arrojan sobre la China, y el emperador tuvo que tratar con Me-He, el jefe, el khan de estos turbulentos esclavos. Un historiador chino dice: «Jamás se impuso tan gran vergüenza al imperio del Centro, que despues perdió su honor y su dignidad.»

Por lo demas, la reaccion en el interior fué completa. Hoi-Ti, el emperador benévolo, revocó el edicto que proscribia los libros (194); pero el Chu-King no pudo ser restablecido hasta el tiempo de Wen-Ti (1). Este Wen-Ti, el emperador sabio, protege las letras y la agricultura (179); hacia declaraciones á propósito de los eclipses del sol, y glorificándose de sus mandatos, decia: «Hé aquí una pieza compuesta en términos precisos y justos, que tiene el gusto de la antigüedad.» Tal era el carácter del Celeste Imperio.

La dinastía de los Han cuenta tambien su grande hombre. Aunque no tenga las proporciones de Tsin-Chi-Hoang-Ti, el nuevo príncipe es tambien un gran guerrero; Wu-Ti (140) es el emperador belicoso. Además, le rodean los sabios, y el historiador Sse-Ma-Thsian consignará su gloria con los altos hechos de los tiempos antiguos. Es una cosa digna de llamar la atencion, que los más pacíficos se dejan siempre arrastrar por el prestigio militar. Algunas curiosas tradiciones parecerian revelar en la China un instinto guerrero: «Cuando nacia un hijo en una familia, decia el antiguo *libro de los ritos*, se suspende el arco y las flechas á la puerta de la casa.» Lo mismo sucede entre muchas tribus de América.

Al mismo tiempo que la China se arma, por todas partes en el inmenso país que ocupa el Norte del Asia, resonaban entónces singulares y prolongados gritos de guerra.

El Tchen-Yu ó kan de los Hiung-Nu habia querido tomar por esposa una las hijas del em-

(1) Véase la *Disertacion* que se encuentra en el primer volumen de la traduccion latina del *Y-King*, por el P. Regis.

perador Wu-Ti. Estos bárbaros amenazaban constantemente el imperio, á pesar de su gran muralla, y tenían todavía otros enemigos en las estepas. Frecuentemente su caballería se habia encontrado y combatido á los Yung; la raza turca de los Hiung se arrojó hácia esta época sobre la raza rubia de los juet-chi ó escitas (1). De estos escitas ó jutios, unos ganaron el Tibet, y otros, descendiendo hácia la India, en donde les volveremos á encontrar, se establecieron belicosamente en la Transoxiana. Notemos de paso este nombre de jutios que los escitas llevaban entónces; no se sabe en qué época, pero es muy cierto que hubo poblaciones de este origen trasladadas al norte de Europa. Dinamarca se llamaba Quersoneso Címbrico, y al lado está Jutland.

Los escitas dominaban sobre los partos; destruyeron el reino griego de Bactriana (2). Wu-Ti les envió una embajada presidida por uno de sus generales, que debia obtener su alianza, pero fué apresado por los Hiung-Nu. Este hombre, arrojado en una fosa, conservó en ella impasiblemente su baston de embajador, fué desterrado á Tartaria y al fin regresó á su país. En cuanto á Wu-Ti, extendió su supremacía sobre toda el Asia septentrional, y sus largas y fuertes piraguas fueron á someter las costas orientales, entónces independientes, de la Península Cochinchina (86). La China comienza á dejarse ver un poco en el exterior.

No hay que olvidar que la dominacion de Wu-Ti, en el Alta Asia corresponde á las expediciones de Sila, y por consiguiente á la debilitacion completa de los pueblos de esta region. Este emperador protegió tambien sucesivamente los discípulos de Lao-Tseu y de Kong-Tseu, y fundó una biblioteca.

Con Siuen-Ti (73), Yuan-Ti (48), Tching-Ti (32), la filosofía recobra todo su imperio. Hemos vuelto á las exhortaciones de los letrados.

Estos discursos de los bonzos y de los sabios son, sin embargo, curiosos documentos; los hechos brillan en medio de sus vanas y fa-

(1) Deguignes, *Memorias de literatura*, t. XXV.

(2) Únase el testimonio de Estrabon al de los historiadores chinos.



laces palabras, y se ve manifestamente lo que hay en el fondo de este racionalismo pensador, moralista, eternamente locuaz.

¿Se quiere saber cuál era el resultado de estos bellos y dulces preceptos de benévola administración, de gobierno paternal, de amor de los pueblos? Recuérdese la larga serie de bárbaras ó innobles tiranías que sucesivamente han pasado ante nuestra vista. ¿Se quiere saber cómo se aprovechaban los príncipes, los sabios y el pueblo de estas admirables disertaciones sobre la templanza y la virtud? «Las mujeres, dice un letrado, se contaban por miles en los serrallos de los emperadores, por cientos en los palacios de los grandes.» Á través del gran naufragio de las ideas religiosas, la moral, tan dogmáticamente triunfante en los libros, no tenía otra aplicación.

Vicios y crueldades, estos dos caracteres

difaman la China, lo mismo que todo otro poder humano. La proscripción de los libros es ciertamente una excepción en la historia de estos filósofos materialistas; pero las infamias y las proscripciones de sangre se renuevan perpetuamente.

La China, fría, estudiosa si se quiere, en todo caso profunda y bajamente corrompida, no puede desmentir al sistema general de degradación que refleja el mundo antiguo. La falta es tanto más grande para ella, cuanto que no tiene excusa en haberse dejado arrastrar por las pasiones, ni en la irresistible fogosidad de su imaginación. ¿Qué la sucede? Se fija en lo falso, y cuando la luz brilla para los pueblos culpables, pero penitentes, del Occidente, esta vieja raza, que ninguna sangre de mártir resucita ni vivifica, se contenta con cambiar de error.

CAPÍTULO IX

Japon.—Ni-Pon.—Carácteres del Japon.—Primeras relaciones con la China.—Religion del Japon.—Tradiciones primitivas.

Al Oriente de la China y no léjos de sus costas hállase, en el Occéano Pacífico, un grupo de islas, cuyo saludable clima, ricas producciones y agradable temperatura hacen creer que debieron ser habitadas desde la más remota antigüedad.

Estas islas son las de Ni-pon (mansion del sol), como las llama el pueblo que habita en ellas. Parece que los señores de este afortunado archipiélago muéstranse celosos de su felicidad, porque siempre se han rodeado de un misterio impenetrable. Su fisonomía característica, sus instintos nobles y belicosos, sus costumbres y sus hábitos acusan su origen asiático. Este pueblo es indudablemente una antigua colonia de los numerosos corredores de las estepas del Alta Asia. Por otra parte, les disgusta el que se les haga descender de sus vecinos del Celeste Imperio; valientes, impetuosos, susceptibles en puntos de honor, y al mismo tiempo cultos, sencillos y afectuosos, son tártaros, pero *tártaros civilizados* (1).

Situados cerca de la China, que á su vez se oculta en una especie de misterio, los japoneses quizas no hubieran sido conocidos jamas sin una circunstancia verdaderamente singular. Un monarca del reino del Centro, el famoso Tein-Chi-Hoang-Ti, hallaba la vida muy cor-

(1) El P. Charlevoix, *Historia del Japon*, lib. I.; Thumberg, *Viaje al Japon*.

ta para sus hazañas y para su gloria, y deseaba con pasión un brebaje que le hiciera inmortal. Uno de sus médicos le prometió traerle de las islas del mar una planta que tenía esta virtud; pero era tan preciosa y tan delicada que sólo eran dignas de cogerla las manos más puras. Se eligieron en todo el reino trescientos jóvenes de ambos sexos, que debían acompañar al médico; la colonia partió en efecto, pero no volvió más. Llegó al Japon y todavía se ven las ruinas de un templo que los japoneses levantaron en memoria de este extranjero como muestra de reconocimiento por las artes útiles que les enseñó (1).

Sea lo que quiera de esta anécdota, el nuevo país quedó abierto en adelante á los chinos, que la hicieron el honor de designarla con el título de Je-Pen-Koue (el país del sol de Levante), y establecieron relaciones con los vecinos.

Por otra parte, el Japon era un país sin explotar. Todavía se adoraba en él á los *Camis* (los siete planetas), último vestigio del antiguo sabeismo, que arrojado del Asia Continental, parecia haberse refugiado en el Archipiélago del Sol. En el centro de un templo (*miao*), de grosera y venerable construcción, un espejo de metal pulimentado reproducía en su órbita y le

(1) Koempfer, *Historia del Japon*; Charlevoix, *Historia del Japon*, t. II.